



## SECCIÓN III

LA TRADICIÓN CONFIRMANDO EL DOGMA DE LA  
EUCARISTÍA

### CAPÍTULO XXXI

*Continúa el asunto de la Eucaristía y los Evangelistas  
en el que se comentan varias divinas autoridades  
en comprobación de nuestro Dogma*

Si el hombre se remonta á los primeros siglos del Cristianismo, y contempla el fervor de aquellos cristianos, después de haberle causado honda sorpresa, preguntará sin duda por su motivo. Y yo le responderé que son dos las causas principales que influían en la práctica de tan santa vida. La primera, el *buen ejemplo*, y la *comunión del Cuerpo y Sangre de Jesucristo*, la segunda. Desde un principio, los primitivos fieles se esmeraron por copiar los heroicos ejemplos de los apóstoles, de los mártires y confesores: sus maestros, sus hermanos y compañeros. El ejemplo arrastra siempre hacia el bien, ó hacia el mal; por esto, no siendo los apóstoles más que vivos Cristos, sus obras resplandecían en todas ocasiones como las de Jesucristo. Esto sentado ¿qué es lo que habían de ejecutar los discípulos sino lo que veían en sus maestros? Ahora bien: como éstos brillaban con luz inextinguible sobre altos candeleros, he ahí por que nuestros

padres en la fe, á semejanza de los discípulos del Señor, ostentaban una vida llena de encantadoras virtudes. Por eso he dicho también que la primera causa que les impelía á la fiel práctica de lo mandado en el Evangelio fué el *ejemplo*. Mas debemos tener en cuenta que este buen ejemplo era robustecido por otra poderosa causa que le daba firme estabilidad, á saber: *la comunión del Cuerpo y Sangre de Jesucristo*.

Los primeros fieles, refiere S. Lucas, comulgaban diariamente, siendo esto el poderoso motivo, según Cornelio Alávide, de que gozasen gran santidad. La frecuencia de la Sagrada Eucaristía, en efecto, recibida con pureza de intención y de conciencia y con el fervor de que estaban animados nuestros padres en la fe, no podía menos de producir cierta grata armonía, según la cual, la *comunión* engendrabá vida y el *ejemplo* de los que habían recibido esta santa vida, conducía á los demás á que se ejercitasen en las buenas obras que observaban en aquéllos.

Los evangelistas refieren el uso que hacían de la Eucaristía los primitivos fieles.

El primero que frecuentó este adorable Sacramento fué nuestro Salvador, cuando en el mismo día de Resurrección se apareció á dos de sus discípulos que iban en dirección al castillo de Emaús. Como por una parte carecemos de noticias acerca de si los apóstoles consagraron la Eucaristía durante los tres días de la pasión y muerte y resurrección del Señor; y siendo por otra muy probable y piadosamente creíble, el que de hecho no consagraran, por la sencilla razón de que estos días fueron ocupados únicamente en llorar la muerte de Jesús, por eso afirmo que el primero que hizo uso del santo Sacramento fué el mismo Redentor, convidando con el celestial Manjar á dos de sus fieles discípulos. Iban éstos conferenciando amistosamente acerca de las ignominias que había padecido su Maestro los días anteriores. Aparecióseles el Divino Señor en figura de peregrino y comenzó á preguntarles de lo que hablaban, mostrándose ignorante de lo sucedido. Ellos le respondieron con suma

sencillez y así fueron conversando en el trayecto, declarádoles el Salvador lo que los profetas habían anunciado del verdadero Mesías; mas al acercarse al castillo, el Salvador dió muestras de pasar adelante, pero los discípulos con muchísimo cariño le detuvieron, rogándole al propio tiempo les hiciese compañía aquella noche, porque era ya bastante tarde. Jesús accedió á los amorosos ruegos de sus discípulos, quienes con mucho regocijo le prepararon la mesa, á fin de que tomase algún bocado. (1) *Y estando sentado con ellos á la mesa, dice S. Lucas, tomó el pan y lo bendijo y habiéndolo partido se lo daba. Y fueron abiertos los ojos de ellos, y lo conocieron; y Él entonces se desapareció de su vista.* En estos dos sagrados textos se halla lo que nosotros buscamos, pues nos revelan que Jesucristo dió la Eucaristía á sus dos discípulos. Sin embargo, no ha faltado quien haya tergiversado el sentido propio de estas autoridades, negando que el Salvador diese en semejante acción su Cuerpo; pero erraron sin duda, porque el sentido genuino de los citados textos declara que Cristo dió la Eucaristía y no un pan común; y además, el testimonio de los santos Padres y Doctores confirma la verdad que estamos declarando, por varias razones: 1.<sup>a</sup> porque Jesucristo no usaba de semejantes acciones sino cuando quería convertir el pan en su cuerpo; por lo cual, así como en la institución de la Eucaristía, estando sentado á la mesa, tomó el pan, lo bendijo, lo partió, lo dió á los apóstoles, consagrándolo efectivamente, así también cuando estuvo en Emaús, ejecutó las mismas acciones, para darles su Cuerpo; y la prueba de que se lo dió es la razón siguiente: *Y fueron abiertos los ojos de ellos y lo conocieron.* Aquí está la fuerza de lo que intentamos demostrar, porque según afirma el V. Beda (2); al que no conocieron en la exposición de las divinas escrituras, le conocieron en la fracción del pan; á saber: el de la

(1) Et factum est, dum recumberet cum eis, accepit panem, et benedixit, ac fregit, et porrigebat illis. Et aperti sunt oculi eorum, et cognoverunt eum; et ipse evanuit ex oculis eorum. Evang. Luc. c. 24, vv. 30, 31.

(2) Exposit. Luc. c. 24.

Eucaristía; lo cual confirma el doctor útil, por estas palabras: (1) «Cuando les entregó el pan bendecido, fueron abiertos los ojos de ellos, con el fin de que le conocieran, y así fué removido el impedimento que Satanás había puesto en sus ojos para que no conocieran á Jesús. Y este impedimento permitió el Señor que estuviera en ellos hasta que vienesen á la participación del sacramento del Pan, que es la participación del Cuerpo del Señor». De modo que por la participación de aquel pan bendecido fueron abiertos los ojos del cuerpo y principalmente los de la inteligencia, y un pan común no abre los ojos para conocer y entender; luego alguna virtud poderosísima poseía aquel santo pan que no debió ser otro sino el de la Eucaristía.

Hemos dicho que nuestra aserción es confirmada por los santos Padres y Doctores. En efecto: S. Jerónimo, S. Agustín, el V. Beda, S. Buenaventura, el Lirense, el P. Scio, con muchísimos más doctores, están contestes acerca de esta verdad. Aduciré la autoridad de S. Juan Crisóstomo, para nuestra convicción. Dice así: (2) «El Señor, no sólo bendijo el pan, sino que de su propia mano lo dió á Cleofás y á su compañero. Lo que les dió de su mano, no sólo está santificado, sino antes bien, es la misma santificación, y santifica al que lo recibe».

Declaré empero que el primero que usó este santo Sacramento fué Nuestro Señor Jesucristo; porque, aunque de esto no haya certeza física, sin embargo, juzgando por las razones que he mencionado anteriormente, venimos en su conocimiento. Comúnmente los Doctores afirman que Nuestro Divino Salvador en la noche de la cena, antes de dar su Cuerpo y Sangre á los apóstoles, lo comulgó Él mismo, lo cual se prueba eficazmente por aquello de S. Mateo: «Y dígoos que desde hoy más no beberé de este fruto de vid hasta aquel día, cuando le beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre». Pues bien: estas palabras fueron dichas á continuación de las que Jesús profirió para consagrar su sangre,

(1) Lira, Postill. in Luc. c. 24.

(2) Homil. 17.

y por ellas se indica con bastante claridad que bebió de su purísima sangre; luego arguyendo á semejanza, como Nuestro Señor dió á los dos discípulos de Emaús su verdadero Cuerpo, es muy probable que Él lo tomara también antes; lo cual se confirma por el hecho mismo de la refección presentada por sus dos discípulos, porque es cierto, según refiere el evangelista, que Jesús tomó y bendijo solamente aquel pan, y no se dice que hubiera allí otras viandas; y aunque las hubiera, no es creíble que el Salvador diese el pan á sus convidantes y que el convidado dejara de tomarla en primer lugar.

Hechas estas consideraciones, pasemos á buscar en otros sagrados textos de los evangelistas la frecuencia de la Comunión eucarística. El mismo S. Lucas (1) refiere en tres distintos lugares la frecuencia laudable de la sunción de la Eucaristía. En uno de ellos, después de contarnos la venida del Espíritu Santo sobre el Colegio Apostólico, el ferviente sermón de S. Pedro y la conversión de tres mil personas, que fueron en aquel mismo día bautizadas, añade que éstas *perseveraban en la comunicación de la fracción del pan*. ¡Qué bella apología del espíritu de los primeros cristianos! Perseveraban en la comunicación de la fracción del pan, no de vez en cuando, sino todos los días. Ha habido también quienes por esta *fracción del pan* entendieron el repartimiento de un pan común; pero nada más infundado ni menos cierto; porque por semejante frase entiende el evangelista á la Eucaristía y así vemos que en el lenguaje syro en vez de decir «fracción del pan», se dice Eucaristía; además: S. Lucas, al narrar la práctica de vida de los primeros cristianos, distingue dos clases de obras; enumera primero las espirituales y luego las corporales; ahora bien: entre las espirituales cuenta como una de éstas, la comunicación de la fracción del pan; y como más principal que las demás, la da cierto realce; por lo tanto, si el pan de que habla el evangelista, se entiende del ordinario; ¿por qué le coloca en la se-

(1) Act. Apost.

rie de los manjares espirituales? Ninguna clase de pan común aprovecha para el mantenimiento del alma; ahora bien: el pan de que hablamos sirve para el alma, luego no es pan ordinario. Pero se me argüirá: concedo que este pan sea espiritual, pero de eso no se sigue que sea la Eucaristía. A lo cual respondo que el mismo texto de S. Lucas resuelve esta objeción, porque si este pan es espiritual, se ha de entender, ó el pan de la doctrina evangélica, el de las virtudes, ó el de las oraciones; ahora bien: no es ninguno de estos, porque si se entiende del pan de la doctrina evangélica, S. Lucas dice en el mismo lugar: «Y ellos perseveraban en la doctrina de los Apóstoles»: Si se pretende que se entienda del pan de las virtudes, añade: «Y en todos ellos había un gran temor; por lo que se abstendían de ofender á Dios»; Y si finalmente, se quiere que sea el pan de las oraciones, por el mismo texto se prueba lo contrario; pues dice: «Y ellos perseveraban en las oraciones»; luego hemos de concluir que la comunicación de la fracción del pan, no es otra cosa que la comunicación de la Eucaristía. Además: estas palabras se deben tomar en sentido literal, y en tal sentido significan la fracción de la Eucaristía, según se nota en las demás versiones.

En el mismo capítulo repite el evangelista que los primeros fieles (1) *perseveraban todos los días, unánimemente en el templo y partían el pan por las casas*, de lo cual resulta que los primitivos cristianos comulgaban diariamente, según el sentido de este *pan*; pues tiene la misma explicación que el anterior. En el lenguaje syro se dice Eucaristía en vez de *pan* y toda la Tradición enseña que por semejantes palabras se indica la excelente comida del Pan de los ángeles; para lo cual puede verse á Cornelio Alápide que lo explica difusamente.

Habla también S. Lucas del uso del sacrificio de la Misa:

(1) Quotidie quoque perdurantes unanimiter in templo, et frangentes circa domos panem. Act. Luc, 2, 46.

(1) *Había, dice, en la Iglesia que estaba en Antioquía, profetas y doctores, y entre ellos Bernabé y Simón, que era llamado Niger y Lucio de Cyrene y Manahen, hermano de leche de Herodes el Tetrarca y Saulo. Y estando ellos ministrando al Señor... les dijo el Espíritu Santo: Separadme á Saulo y á Bernabé para la obra á que los he destinado.* La palabra *ministrar* que en griego significa ejercer ministerio público, y Erasmo vierte del griego: Y estando ellos sacrificando, es comentada por ministerio público de la Santa Misa; y aunque se puede entender de otro ministerio espiritual, sin embargo, por el contexto de las mismas expresiones, parece deducirse espontáneamente que se trata del ministerio del santo Sacrificio: porque así se expresan: «Y estando ellos ministrando al Señor» ¿A quién ministraban? A Dios. Pues bien, los otros ministerios espirituales como la predicación, los sacramentos, la lección de las escrituras, etc. no se ministran al Señor, sino á los fieles; y el acto único del cual se dice en la Iglesia que se ministra al Señor absolutamente, excluyendo toda criatura, es el santo Sacrificio de la Misa; luego tomando las palabras en el sentido literal, pues no repugna tomarlo, se entienden del ministerio de la Misa. Además; atestigua S. Dionisio, (2) que el acto de ordenación y consagración de los obispos se verificaba durante la Misa, la cual ceremonia usaron los apóstoles, y no es diferente de la que usa hoy día la Iglesia. Ahora bien; en el lugar mencionado, se dice que Simón Niger, Lucio de Cyrene y Manahen, investidos del carácter episcopal, obedeciendo á los mandatos del Espíritu Santo, ayunando y orando, impusieron las manos sobre S. Pablo y S. Bernabé, esto es: los constituyeron sacerdotes y obispos y los enviaron á las ciudades que por inspiración divina eran á ellas deputedos. Mas pregunto: ¿en qué ocasión se cele-

(1) Erant autem in Ecclesia, quæ erat Antiochiæ, prophetae, et doctores, in quibus Barnabas, et Simon, qui vocabatur Niger, et Lucius Cyrenensis, et Manahen, qui erat Herodis Tetrarchæ collactaneus, et Saulus. Ministrantibus autem illis Domino...dixit illis Spiritus Sanctus: Segregate mihi Saulum, et Barnabam in opus, ad quos assumpsi eos. Act. Apost. 13, vv. 1, 2.

(2) De Ecclesiastica Hierarchia.

bró todo esto? Dícese en el mismo lugar, que cuando ellos estaban ministrando al Señor; luego por todos lados se prueba que este acto de ministrar era la Misa que celebraban los tres mencionados obispos; ya sea que los tres á un mismo tiempo la dijieran, ó ya también que uno celebrara y los otros dos sirvieran de ministros, que es lo más probable.

El uso primitivo de la Eucaristía se patentiza asimismo en otro hecho admirable que describe S. Lucas en el Acta de los apóstoles. Dice, que habiendo llegado S. Pablo y él con muchos discípulos á Troade, ciudad en que se detuvieron por espacio de siete días, se reunieron el domingo para celebrar el santo Sacrificio y los demás ministerios apostólicos. Quiero transcribir sus mismas palabras: *Y el primer día de la semana, dice, habiéndonos juntado para partir el Pan, Pablo que se había de ir al otro día, disputaba con ellos, y fué alargando el discurso hasta media noche.* En la sala ó cenáculo donde estaban congregados había diversidad de hermosas lámparas encendidas, signo del grandioso acto que se estaba verificando. Mas Dios Nuestro Señor, queriendo en aquella noche dar á conocer su gloria por medio de un milagro, permitió que un mancebo llamado Euticho, que estaba dormido sobre una ventana del tercer piso de la casa, viniese al suelo y acabase con el golpe su vida. Llevado, empero, S. Pablo de misericordia, y no sin inspiración del Señor, bajó del púlpito en el que estaba predicando y llegándose al difunto, se recostó sobre él á imitación del profeta Eliseo; abrazóle como á hermano y, convencido de la bondad de Dios á favor del mancebo, dijo á los circunstantes: No os turbéis, porque está vivo. En efecto; el joven había sido resucitado. Después de haberse obrado semejante prodigio, el Apóstol subió al altar, consagró el Cuerpo del Señor, y lo sumió, quedando de este modo terminado el santo sacrificio. Mas no paró aquí la solemne función de aquel Domingo; sino que Pablo, después que recibió el santo Pan, prosiguió su discurso hasta llegada la aurora. S. Juan Crisóstomo, S. Agustín, Alápide, Calmet, Scío y otros respetables expositores entienden respecto de esta fracción y

sunción de este pan, la del Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, y que por lo tanto, S. Pablo, aquella noche celebró el augusto sacrificio de nuestros altares. Las razones que hemos aducido para probar los párrafos anteriores, sirven para demostrar el lugar presente.

Expongamos ahora algunas autoridades del Evangelio que hablan en general del augusto Sacramento.

Hablando S. Mateo de la oración del Pater noster, dice: (1) *Dadnos hoy, Señor, vuestro pan sobresubstancial*. Adviértase esta última palabra; porque así como S. Lucas dice: «(2) Dadnos el pan nuestro cotidiano», S. Mateo pone sobresubstancial; entendiéndose de este último modo, significa el Pan de los ángeles que es sobre toda substancia, el Pan de la Eucaristía que nutre nuestras almas y fortifica nuestros corazones; y dado caso que se entienda del primer modo, significa, el pan común del que se alimentan nuestros cuerpos. Todos los Santos padres, atendida la variedad de las citadas expresiones, lo comentan de los dos modos dichos; por lo que, al pedir á Dios en la oración del Pater noster lo que en ésta se nos indica, debemos solicitar de la paternal Providencia en primer lugar, el pan que vivifica y corrobora nuestras almas, que por antonomasia, es el Santísimo Sacramento; y en segundo lugar, el pan que sustenta las fuerzas corporales, el cual debemos ganar todos con el sudor de nuestro rostro. Nuestro Padre S. Francisco de Asís atribuye estas palabras á solo el Pan sobresubstancial de la Eucaristía.

Una exclamación divina hay en el sagrado Evangelio, que nos indica el ferviente deseo que abrigaba Jesucristo por que nuestras almas estuviesen encendidas constantemente en su amor. Dice así: (3) *Fuego vine á poner en la tierra. Y qué quiero sino que arda?* Efectivamente: fuego vivísimo puso el Señor en la tierra, pero, ¿dónde está? Yo creo,

(1) 6, 11.

(2) 11, 3.

(3) *Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendantur?* Luc. 12, 49.

y paréceme que no me engaño, que se halla en nuestros altares. Es Jesús sacramentado. Este es el verdadero fuego que mandó Dios en la antigua ley que jamás faltase de su altar; porque si con aquel fuego se habían de quemar las víctimas para el sacrificio, con éste se consume la Víctima de la redención en sí misma, para ofrecerse al Eterno Padre.

Una breve reflexión. Muchos de los santos Padres entienden por este fuego la intensidad del amor divino; ahora bien: el Salvador arranca de su alma esta vehemente exclamación: «¿Y qué quiero sino que arda este fuego?» ¿En dónde, Señor? En nuestros corazones. De aquí se deduce, por lo tanto, el eficaz anhelo que debe abrasar nuestro corazón por amar con todas las fuerzas á nuestro Dios; de aquí se desprende, el que todas nuestras acciones vayan revestidas de caridad, la cual así como es suave y tranquila, es al propio tiempo fuerte y ardorosa, porque todo lo quiere para Dios, del modo que Él lo quiere. Pero bien: y ¿de dónde nos viene este amor con más intensidad; y qué es lo que nos mueve en la tierra á tener amor divino? Quien conozca el objeto de la Eucaristía responderá que de ésta debe venirnos el amor celestial; y que ésta misma es la que sencillamente nos mueve á tener un amor semejante. En la Eucaristía por consiguiente, se oculta el fuego de que habla el divino Maestro: ella nos incita á amar á Dios; y ella finalmente, nos presta auxilios para que obtengamos este fin deliciosísimo.